

QH346

L4

INTRODUCCIÓN

A pesar de mi deseo de no sobrecargar con una nueva unidad el conjunto, ya muy abundante, de los libros que llevo consagrados á la Biología general, me decidí á hacer editar las primeras lecciones de mi curso de este año sobre la crisis del transformismo.

El argumento que me ha decidido á ello fué el éxito prodigioso de la teoría de las mutaciones; ninguna publicación importante, hasta el día, ha advertido al público científico de los peligros de una teoría que, pretendiendo aportar al transformismo una demostración experimental, mina, en realidad, este admirable sistema filosófico en sus fundamentos. Reuno, pues, en este volumen las lecciones que he dado sobre este asunto durante el mes de Noviembre y la primera quincena de Diciembre, tanto en la Facultad de Ciencias de París como en la Universidad nueva de Bruselas.

La conclusión de estas lecciones es, ante todo, la comprobación de la necesidad absoluta de un lenguaje científico apropiado á la narración de todos los hechos biológicos. Aunque nos sorprendamos más inmediatamente por las manifestaciones morfológicas de la vida, la morfología, que resulta especial para cada individuo, puesto que todos ellos difieren entre sí, no podría facilitarnos las bases de un lenguaje general y preciso á la vez. Las consideraciones morfológicas no nos conducen nunca á igualdades, á ecuaciones.

Cierto que existe un lenguaje de apariencia precisa, y que actualmente se emplea por casi todos los naturalistas: este es el lenguaje de Weismann. Pues este lenguaje está basado sobre consideraciones que reprueba la lógica más elemental. Pero la necesidad de un lenguaje biológico es tan apremiante, que el primero propuesto ha sido adoptado con entusiasmo, y gravita en la actualidad sobre la ciencia con todo el peso de sus errores fundamentales.

La teoría de Weismann, permitiendo plantear, con claridad aparente, gran número de problemas biológicos, ha suscitado muchos trabajos, y algunos de estos trabajos pudieron ser fecundos por casualidad, pero la mayor parte de ellos no tienen valor alguno, aunque pretenden resol-

ver una cuestión mal planteada, ó hasta una cuestión que no significa nada.

Desde el comienzo de mis estudios proclamo la necesidad del lenguaje químico en el análisis de la vida. Se ha contestado á esto que, los conocimientos actuales sobre la química de los protoplasmas no permitiendo verificar directamente el fundamento de aquel lenguaje, la lengua bioquímica resultará largo tiempo inutilizable aún. Creo que este reproche está destituido de fundamento. La teoría atómica es inaccesible á las verificaciones, y no obstante, su empleo en química ha sido de una prodigiosa fecundidad. Todos hacemos experimentos sobre cuerpos químicos, comprobamos las propiedades macroscópicas ú organolépticas de los compuestos y de los derivados, luego contamos los fenómenos en una lengua atómica, la cual, desprovista en apariencia de toda relación con los hechos observados, resulta, sin embargo, la fiel traducción de ellos. Sin la hipótesis atómica, cuyo objeto es tan múltiple y tan diverso; la química no tendría unidad alguna.

De igual modo que la estructura de los compuestos químicos, el *patrimonio hereditario* de los cuerpos vivientes no resulta conocible al observador directamente. No conocemos directamente más que la morfología. Pero si deducio-

nes estrechas y lógicas nos han permitido establecer una relación entre los hechos observables de la morfología y las particularidades hipotéticas del patrimonio hereditario, podemos crear una lengua basada sobre el patrimonio hereditario, que resultará paralela á los fenómenos macroscópicos de la vida, como el lenguaje atómico es paralelo á los fenómenos observables de la química. La morfología, en lugar de constituir el hecho esencial, nos facilitará solamente un elemento secundario, cuyo interés será el de hacernos concluir en la particularidad fundamental que está ligada á él, y que forma parte del patrimonio hereditario. Y si las deducciones que han presidido al establecimiento de nuestras hipótesis primeras resultan inexpugnables, el lenguaje del patrimonio hereditario, después de habernos servido únicamente para contar en seguida los hechos morfológicos, nos permitirá prever otros. De verificación en verificación, llegaremos á adquirir, en el valor de nuestro lenguaje químico, una confianza muy grande. Y entonces, en cuanto se nos plantee un problema, comenzaremos á traducir su enunciado en nuestra lengua científica; *luego nos esforzaremos en resolver el problema, así planteado, con razonamientos.* Solamente después es cuando nos dirigiremos al experimento ó á la observación, para ver si

nuestra conclusión resulta justa. Se verán ejemplos de esta manera de proceder en las lecciones relativas á la herencia, á la anfimixia y al principio de Fritz Müller.

Esta introducción del método deductivo en las ciencias naturales, podrá chocar á muchas gentes; pero es indispensable si se pretende que la Biología merezca el nombre de *ciencia propiamente dicha*. Una vez fijadas nuestras hipótesis con abundantes verificaciones, deberemos poder deducir de ellas toda la Biología. La Biología general podrá exponerse como la geometría, podrá contarse en el lenguaje del patrimonio hereditario, como la geometría en el lenguaje algebraico y la química en el lenguaje atómico. Un resultado semejante es imposible si se toma la morfología como objeto esencial. La morfología no debe servirnos más que para verificar nuestras deducciones, después que nos haya servido como punto de partida para el establecimiento de nuestras hipótesis fundamentales.

París, 14 de Diciembre de 1908.

FÉLIX LE DANTEC.